

# Isabel Allende le pone voz...

Cada vez hay más conciencia de que estamos todos en el mismo planeta y que la suerte común es la suerte de cada uno”.

El caso de Anita a mí me llegó al escritorio; yo lo ficcionalicé, pero una niña con esas condiciones y en esa situación, existe”.

Siempre he sido extranjera, en todas partes, incluso cuando voy a Chile”.

La inseguridad es el problema mayor que tiene el país en este momento, pero mayor que eso es el pesimismo nacional. ¡Nunca! Chile está bien”.

## VIENE DE E I

ción de esta novela, que el próximo 6 de junio llegará simultáneamente a Estados Unidos (Ballantine), España y América Latina (Plaza & Janés, excepto Chile, Argentina y Uruguay, donde aparece por Sudamericana), en formato impreso, digital y audiolibro, Isabel Allende habla a través de la pantalla desde su oficina en Sausalito, California.

Radiante, llena de ánimo y divertida, cuenta que ya está escribiendo otra novela —de la que “no pienso contarte nada”, pero es histórica— y que le ha ido muy bien en esta etapa de promoción. “Siempre es un agrado saber que el libro es bien recibido y que tiene mucho apoyo. Así que estoy contenta”, dice con una sencillez que impacta tratándose de la escritora más traducida del español, según el Mapa mundial de la traducción que publica el Instituto Cervantes. No hay otras mujeres en la lista y sobre ella solo se encuentra García Márquez.

También está contenta porque su marido, Roger, ya se encuentra bien de salud. “Está tomando clases en la universidad, se jubiló, tiene clases de español, está contento, parece enamorado; bueno, vamos a ver cuánto más le va a durar”, comenta con humor a sus casi 81 años.

Acostumbrada al Zom, dice que solo va a viajar a Nueva York. “Voy por la promoción pero más que nada porque, finalmente, debo tener un contacto personal con mis editores, con los publicistas, con la gente de Miami; van a venir de Europa; van a ser unos días de juntarme con todo el mundo, que no lo he hecho en tres años”, afirma.

## Devolverles la identidad

En la novela, Anita es el único personaje que habla en primera persona, con voz propia y conmovedora, y el título es la frase que ella le dice a Claudia, su hermana muerta. “Hay que estar tranquilas. No estamos perdidas. El viento conoce mi nombre y también el tuyo (...) No hay que tener miedo”.

“El título lo tomé de una canción —dice la escritora—, pero tiene relevancia porque a los niños, como los están moviendo de un lado para otro, les asignan un número, entonces nadie se acuerda de sus nombres. Cuando a la niña la separan de la madre pasa a ser una carga del Estado, la colocan en un refugio primero y después en casas adoptivas y la van pasando de un lado a otro y mientras tanto la madre se pierde y ella se aferra a la identidad del pasado, al recuerdo de la abuela, de la madre, del tío y los encuentra a todos en un lugar imaginario (Azabahr). Es un fenómeno que se da bastante, los niños dejan de hablar, se empiezan a hacer pipí y se refugian en un mundo imaginario, porque están totalmente traumatizados”.

Para Selena “era una cuestión de honor llamar a cada uno por su nombre”, se lee en la novela. “Han perdido tanto, es terrible que también pierdan la identidad”, le comenta a Frank, el abogado.

“Cuando le ves la cara, cuando sabes que tiene un nombre, cuando conoces a Anita, cambia todo —reafirma Isabel Allende—. Ya no son mil 253 niños que quedaron varados y no pueden encontrar a los padres, es una niña, que se llama Anita. Conoces la historia, conoces la cara, conoces el nombre. Cambia completamente”.

—Con su nuera, Lori, y Sarah ha conocido esta realidad, pero usted también vivió el destierro. ¿Marca eso su mirada?

“El desarraigo me toca mucho. Como decía Neruda, ‘soy un eterno desterrado’; yo siento que soy no desterrada, pero sí desarraigada, desde muy chica. Siempre he sido extranjera, en todas partes, incluso cuando voy a Chile. Y desde mi punto de vista, que tengo recursos, que soy una mujer vieja que ya ha hecho su vida, es una situación que puede ser ventajosa, porque me da una visión bastante abierta del mundo y me permite ser muy libre por dentro; o sea, yo no estoy aferrada a nada. Pero cuando se trata de una niña, como Anita, o de otros tantos inmigrantes que aparecen en el libro, la situación es muy distinta. Primero, porque no hay recursos, son gente pobre, son desarraigados de su tierra y tampoco tienen un lugar acá, porque aquí son recibidos con una tremenda hostilidad”.

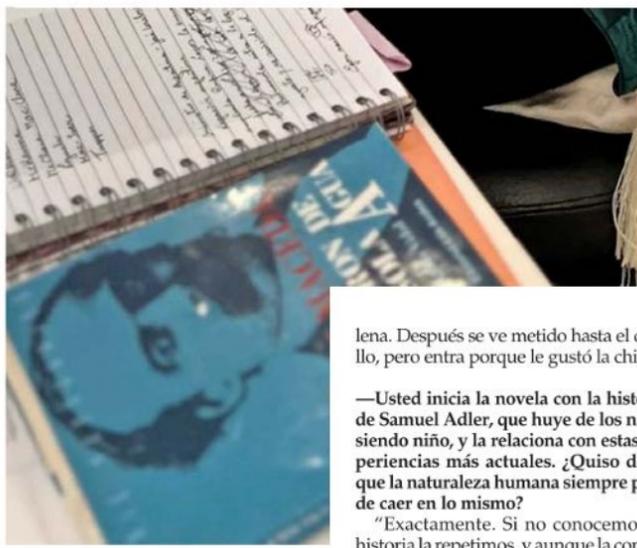
—¿Por qué quiso llevar esta realidad a la ficción?

“En parte, porque el tema me interesa mucho por lo personal, sin duda; luego, porque está flotando en el aire; el tema de la tragedia de los refugiados y los inmigrantes no es solamente en Chile ni en



**EL VIENTO CONOCE MI NOMBRE**  
Isabel Allende  
Sudamericana,  
2023, 347  
páginas, \$18.000.  
NOVELA

Isabel Allende ya trabaja en su próxima novela, de la que prefiere no adelantar nada, pero es histórica.



lena. Después se ve metido hasta el cuello, pero entra porque le gustó la chica”.

—Usted inicia la novela con la historia de Samuel Adler, que huye de los nazis siendo niño, y la relaciona con estas experiencias más actuales. ¿Quiso decir que la naturaleza humana siempre puede caer en lo mismo?

“Exactamente. Si no conocemos la historia la repetimos, y aunque la conozcamos, la repetimos; se repiten las guerras, las guerras civiles, las dictaduras, las inmigraciones. Nos pasamos en esto. Yo creo que la humanidad evoluciona, que estamos mejor que hace cincuenta años, cien o ciento cincuenta, pero es una evolución que no es lineal, va en zigzag y hay retrocesos, culatazos, en que parece que todo se acabara. En este momento, por ejemplo, los derechos reproductivos de la mujer están cuestionados en los Estados Unidos, en el 2023. En los 80 años que yo llevo de vida y en todas las novelas históricas que he escrito, veo que en la humanidad hay retrocesos, pero la curva es ascendente. Cada vez hay más información, más conexión, cada vez hay más conciencia de que estamos todos en el mismo planeta y que la suerte común es la suerte de cada uno; no se van a salvar unos cuantos y perecer todos los demás”.

## Con la llave en el bolsillo

“Una de las cosas graves del desarraigo, de la inmigración, de los refugiados —agrega—, es que uno deja todo atrás y después solamente lo llevas en el recuerdo. Muchísimos refugiados se van de su país, arrancando, con la llave de la casa en el bolsillo, seguros de que van a volver, y se mueren con la llave en el bolsillo. El tiempo promedio que pasa un refugiado fuera de su país de origen, según los cálculos actuales, es entre 17 y 25 años, toda una generación, a veces dos generaciones. Entonces si esos viejos llegan a volver a su país, primero, no encuentran nada de lo que había antes, no hay un lugar para ellos, y tampoco se pueden llevar a los suyos, porque los suyos crecieron en otra parte. ¿Tú crees que yo me podría llevar a Nicolás o a mis nietos a Chile?”

Sobre el derecho de todo niño a vivir su infancia, la escritora tiene una visión demoledora. “Un niño de seis años está trabajando en la India; a una niña de ocho la cambian por arroz en Afganistán, en un matrimonio prematuro; una niña de siete trabaja como empleada doméstica sin sueldo, o sea, como esclava, en cualquier casa de clase media de Nepal. Entonces los derechos de la infancia son los derechos de la infancia nuestra”, afirma.

—¿No pensó escribir sobre esto en un ensayo, con tantos datos?

“Yo quiero contar una historia y si entre líneas el lector o la lectora sacan algo, bueno, cosa de ellos; yo me limito a contar la historia. Ahora, por qué cuento esa historia y no otra es porque me apasiona el tema; no puedo dedicar un año a la escritura de algo que no me apasiona absolutamente. A veces empiezo el libro con muchas dudas. ¿Será esto lo que quiero hacer, o no? Y de repente empieza a agarrar vuelo, como una avalancha y ahí ya me meto completamente y sigo escribiendo sin saber por qué estoy tan interesada en ese tema”.

—¿Hubo un personaje más relevante para usted en esta historia?

“Me sentí muy cerca de Samuel, él sería mayor que yo, pero es nuestra generación. Veo su trayectoria, su soledad en la vejez. Y Leticia para mí es la Berta, la maravillosa compañera de mis padres, es ella exactamente, con la misma manera de hablar, la misma insolencia, el corazón de oro”.

—¿Quiso que Samuel fuera músico para definir su carácter solitario?

“Y también porque la música es un idioma universal;

entonces, cómo se iba a relacionar con Anita, si Anita todavía no habla inglés, él no habla una palabra de español, hay de por medio dos o tres generaciones. Cómo se conecta con ella: a través de la música. Eso se me ocurrió después, y ahí incorporé el violín”.

—¿Por qué la guerra de El Salvador fue contra los pobres y contra las mujeres, como dice en la novela?

“Bueno, es un hecho que las dictaduras latinoamericanas, apoyadas por la CIA, combatieron contra sus propios pueblos, reprimieron, torturaron, asesinaron y desaparecieron a su propia gente, y siempre eran los más desposeídos. En el caso de Centroamérica fueron las poblaciones indígenas, un genocidio, especialmente en Guatemala. Fue una cosa espantosa: 200 mil indígenas que fueron borrados de la faz de la tierra y después se le echó más tierra encima para que no se hablara de eso por años de años. Eso es un hecho histórico. Y la guerra contra las mujeres ya sabemos en qué consiste: el femicidio, la explotación, el abuso, la violación, el abuso doméstico, todas las miles de formas en que las mujeres son abusadas y sometidas en el mundo. Y en eso también trabaja mi fundación. Mira, es un milagro que yo sea una persona optimista (se ríe), porque con todo lo que veo en la fundación, podría estar lona en el suelo”.

—¿Cómo enfrenta la imposibilidad de ayudar a todos?

“A veces me baja la impotencia. Y la impotencia te puede llevar fácilmente a la indiferencia. Ahí me enfrento con mi nuera, Lori, que maneja la fundación. Le digo, ‘pero Lori, esto es una gota de agua en un desierto de necesidades, qué diferencia hace todo este esfuerzo’. Y Lori me dice que podemos cambiar la vida de una persona, de dos, de diez, pero esto no se mide en cifras, se mide en personas. Si tú puedes hacer algo por alguien, hazlo”.

—En Chile se ha instalado el tema de la inseguridad y se suele asociar con los inmigrantes...

“Yo creo que ese es el problema mayor que tiene el país en este momento, pero mayor que eso es el pesimismo nacional. ¡Nunca! Chile está bien; nunca la gente dice que está bien; siempre estamos mal, todo es negativo, todo lo negativo se exagera, se multiplica. Para qué decir la oposición cerrada que hay; desde los tiempos de Allende que no había una oposición tan virulenta”.

—¿Pero sigue siendo optimista?

“Totalmente optimista. Creo que el mundo, con todos los graves problemas que hay, va para mejor. Y que si pasamos por una tremenda crisis y nos va mal, vamos a salir de eso, porque se sale cada vez. Lo que pasa es que nuestras vidas son cortas. Imagínate, cuántos años me quedan a mí, muy pocos, entonces yo no voy a alcanzar a ver nada por lo cual he estado luchando toda una vida, pero no me importa, porque habrá otro que venga detrás y seguirá empujando. Mi vida es mínima”.